



Era un viernes de esos en que no quería levantarme por el peso del cansancio que ya había cargado sobre los ojos los cuatro días anteriores. Yo sé que a nadie le gusta levantarse temprano en ese día, y mucho menos a mí, mucho menos ese preciso viernes, nublado, frío, extraño.

Después de una lucha épica contra mi cama, logré levantarme y seguir un camino casi imaginario que me llevaría hasta el santuario de la higiene: el baño.

Largo tiempo ahí dentro para dejar mi cuerpo limpio sin prisa alguna. Cuando me miré al espejo, vi la misma cara morena, los mismos ojos

tristes, la expresión desenfadada y la abundante y desaliñada
cabellera medio rizada, qué facha de escritor frustrado me cargaba ese
día.

Desayuné lo que todos los viernes, lo que todos los días de los
últimos años: un plato de cereal y un café, amo el café, me parece la
bebida de eterna labor, la cadena condenatoria de una vida sin
descanso y a la vez, el sabor amargo es un trago de felicidad, una
noche de playa. Esa rutina a veces me parecía un latigazo en el
orgullo. Pensar que en mi infancia imaginaba una vida llena de
aventuras y viajes insondables por caminos que el hombre jamás hubiera
recorrido; ahora estaba atrapado en medio de un proceso eterno que me
parecía un baile monótono (mo-nó-to-no). Un suspiro no ayuda en nada,
tampoco una mirada indiferente de mi madre que se acaba de levantar.

Es hora de emprender el viaje hacia el lugar del que brota el
conocimiento, y no es precisamente el Monte Olimpo, es la Facultad de
Filosofía y Letras en donde estudio Historia (¿quién estudia Historia
en estos días desmemoriados?), a ese académico recinto lo separa de mi
casa una distancia aproximada de cuarenta kilómetros, que podrían
sonar fáciles de recorrer, pero que al estar inmersos en esta caótica
ciudad de México se convierten en todo un recorrido digno de ser
narrado por Homero en la *Iliada*, espero no merecer lo mismo que
mereció Aquiles por sus hazañas.

Después de un mediano recorrido hasta la estación más cercana del
metro en el auto de mi hermano, quien se ofusca de llevarme hasta allá
porque le quita tiempo de su extravagante vida, estoy listo para
adentrarme en aquel mundo subterráneo.

Ahí abajo, es un reino aparte, un submundo que contiene a una sociedad
que solo murmulla, es un hormiguero, nada cabe pero todo entra. El
capitalismo latinoamericano en su más grande esplendor, en las

estaciones se erigen orgullosos puestos de comida de todo tipo: desde una franquicia de la empresa gringa *Domino's Pizza* hasta los más folklóricos antojitos como los tacos de canasta de a tres por cinco. Pero la actividad económica verdadera comienza al abordar el vagón, en el que parado como siempre puedo observar a los cientos de vendedores que animosos cantan a viva voz las hazañas que pueden hacer sus productos: “Mire usted, dama, caballero, le traigo a la venta, es el juguete de moda de novedad, el bonito regalo, el bonito presente para el niño para la niña, es la pelota, pelota que brilla en la obscuridad” y lo mejor es que está a un precio que nadie puede resistir: “Diez pesos le vale, diez pesos de cuesta”.

Lo más interesante y hasta misterioso es que no sólo hay pregoneros que se ganan la vida vendiendo, también están aquellos que cuentan desgarradoras historias de vida, de sierra, de abuso, de discriminación social, racial, agraria, indígena, de dolores inenarrables y de víctimas de delitos sin par, cuya credibilidad en mi mente da igual a cero, ellos piden “lo que sea su voluntad” ; otros hacen actos dignos del arte circense como acostarse en vidrios o tragarse una moneda, otros entonan desafinadas melodías del “Buki” y otros tantos, y los más exitosos a mí parecer son aquellos que actúan poesías de los contemporáneos españoles. La impresión más grande fue aquel día en que un muchacho cantó el *Ave María* en su versión de ópera con una voz angelical y el aplauso explotó como una bomba dentro del apretado vagón.

Una estación y otra estación, mi mente ahora intenta descifrar la manera en que toda esa gente tiene una historia de vida propia, relatos que nadie alcanzaría a poner en un libro, todo tienen nombre, personalidad y todos están tan cerca de mí y no sé ni sabré nada de ellos nunca. Me pregunto quiénes son, qué habrá detrás de aquel “darketo” de aspecto terrorífico, pero que está sonriendo, o detrás de las lágrimas de aquella muchacha que llora en silencio tomada del tubo transversal.

A veces reflexiono sobre las lecturas que he llegado a ver que trae la gente, desde el periódico *Metro* con sus escatológicas portadas

sangrientas y sus eróticas contraportadas femeninas, pasando por libros como: *Los 7 hábitos de la gente altamente efectiva* o *¿Por qué los hombres aman a las cabronas?* hasta llegar a observar a un albañil (e infiero que era albañil por su vestimenta de construcción, las manchas de cemento en los pantalones y la gorra que todo albañil usa no sé por qué) que de su mochila extrae el enorme tomo de *Cien años de soledad* del afamado García Márquez.

El Metro, una maravilla metafórica, un infierno diario o un escape de la realidad en medio de su mejor retrato.

Cuando llega el momento del transborde, bajar es una tarea que bien podría ser considerada una disciplina olímpica, un reto que esta vez logré utilizando una nueva estrategia que no revelaré.

Estaba ahora esperando a que pasara el tren, las vías están como a un metro y medio más de profundidad que de donde espera la gente. Era el momento en que veía a las personas que están del otro lado de la vías esperando igual que yo a que pasé su tren, ellos van hacia el lado contrario, siempre me ha gustado observarlos.

De pronto encuentro en aquellos rostros uno que me es familiar, es ella lo sé, es la mujer a quien amé, a quien entregué mis primeras palabras de amor. Sí, fue un amor de secundaria, de esos que nunca se olvidan. Un día no volvió a la escuela, nadie tenía sus datos, la busqué durante tanto tiempo, lloré su desaparición repentina, nunca había podido encontrarla y ahora estaba ahí frente a mí, en la misma estación del Metro en la que yo estaba, pero del otro lado, su camino era el opuesto al mío. ¿Qué hacer? Grité su nombre y ella sobresaltada volteó y me miró, me reconoció, me sonrió. Era como un sueño hecho realidad.

Pero el tiempo fue mi enemigo más despiadado y el tren que ella esperaba se aproximaba, ella preocupada al verlo, me gritó:

-¡Búscame!

-¿Dónde? - Contesté desesperado, al ver que su desaparición era inminente otra vez.

-Aún te amo, siempre te amaré. -Contestó ella y el tren la ocultó de mi vista como a toda la muchedumbre que estaba del otro lado de la vía.

Su figura no estaba más frente a mí cuando el gusano naranja había partido. Me quedé impávido, el amor de antaño, la persona a quien prometí querer durante toda la vida y que me fue arrebatada tan abruptamente en mis días de adolescencia, estuvo frente a mí de nuevo y no pude hacer nada para retenerla a mi lado. Ese antiguo idilio nunca se borró de mi mente.

Mi tren llegó y la multitud me arrastró dentro, yo estaba como un vagabundo sin sentido de vida. Una lágrima, quizás dos, de nostalgia, de impotencia.

El Metro me había arrancado a la mujer que amé más intensamente, con ese amor impetuoso de juventud. No sólo me lleva y me trae, también lleva y trae entre su complicada red a alguien a quien entregué mi amor y tiene el derecho de ocultarla de mí.

No supe nada de ella, justo igual que la primera vez que se fue, subo al Metro ahora como subiría al lugar sagrado, esperando volver a verla, entre las horas, entre la gente.

Crónica del Metro

Categoría: 138-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 28 Febrero 2022 21:43

Escrito por Federico Cendejas Corzo

Pálido Punto de Luz

Claroscuros en la educación

ISSN 2594-0597 <https://pálido.deluz.com.mx>